

La construcción de un enemigo: la retórica de la prensa católica en la década de 1920

Patricia María García Gómez y Paulina Maritza Brunetti

Facultad de Ciencias de la Comunicación;
Universidad Nacional de Córdoba (Argentina)

Resumen

El fortalecimiento del papel tutelar de la iglesia sobre las instituciones públicas denominado “renacimiento católico”, que hasta no hace mucho se situaba en la década de 1930, no podría determinarse tan claramente para Córdoba, donde el alto clero exhibió un fuerte protagonismo político desde mucho antes. Sus ideas se divulgaron ampliamente a través de la prensa, particularmente del diario *Los Principios*. Nuestro propósito es demostrar que la prensa católica desarrolló en las coyunturas que investigamos una teoría conspirativa (Angenot, 2010) referida a la actuación del comunismo en la Argentina y en Córdoba. Así construyó una presencia siempre inquietante siguiendo la regla del enemigo único que, más o menos visible o agazapado, amenazaba la argentinidad. Escogemos para el análisis dos momentos significativos: la Semana Trágica de 1919 y el golpe de 1930, haciendo alusión a editoriales o columnas de opinión que se suceden en la década de 1920.

El estilo de *Los Principios*, excesivamente autorreferencial en sus pretensiones de imparcialidad respecto de grupos o partidos políticos, ostenta fragmentariamente, como destacamos en el desarrollo de este trabajo, rasgos del discurso panfletario descrito por Angenot (1995) como prueba de la monstruosidad que amenazaba la argentinidad. Se trata de observar el funcionamiento de un discurso polémico ligado al *pathos* a fin de actuar sobre un lectorado con quien el diario compartiría antiguas creencias.

Palabras clave: prensa católica; complot; retórica; anticomunismo; nacionalismo católico.

Artículo recibido: 20/07/16; **evaluado:** entre 20/07/16 y 25/08/16; **aceptado:** 12/09/16.

Introducción

La jerarquía católica condenó desde mediados del siglo XIX al comunismo y a quienes consideraba sus afines (el socialismo, el anarquismo, el sindicalismo, el liberalismo, etc.). León XIII en la encíclica *Rerum Novarum* destinada a considerar la cuestión obrera acusaba al socialismo de excitar en los pobres el odio a los ricos, de perjudicar al mismo obrero y de perturbar el orden social. Como solución proponía que la iglesia, como depositaria de la enseñanza cristiana, era la encargada de conciliar a ricos y proletarios, recordando a unos y a otros sus mutuos deberes. La prensa católica siempre argumentó en consonancia, fundándose en la premisa según la cual el fin del comunismo era destruir la religión. Caratuladas como un frente de riesgo las ideas de izquierda atemorizaban al alto clero porque consideraba su posible sugestión y propagación sobre colectivos diversos, especialmente los estudiantes y el proletariado.

Decir que un diario católico fue anticomunista no es una novedad y hasta se presume redundante. No obstante, este trabajo se propone describir y analizar en el diario *Los Principios* (1894-1982) modos argumentativos que consideramos dentro del marco de lo que Marc Angenot (2010:25) ha denominado “el pensamiento conspirativo”. En sus palabras, no se trata de un tema, ni una idea, ni una ideología determinada sino de una lógica, un dispositivo cognitivo y hermenéutico, una manera de explicar el mundo; esto es: un tipo de argumentación con sus medios de prueba y sus métodos de persuasión que pueden ser variables desde el punto de vista socio histórico. Específicamente, las teorías conspirativas ponen en escena la existencia de complots a cuyos agentes colectivos se les atribuye actuar de manera secreta con el objeto de dominar y destruir el orden social o de la civilización. Tal pensamiento surge, según Angenot, durante la Revolución Francesa y se prolonga hasta nuestros días; no obstante, a pesar de su omnipresencia los relatos y explicaciones conspirativas no responden a reglas universales sino a determinaciones socio históricas concretas.

Escogemos para el análisis dos momentos significativos: la Semana Trágica de 1919 y el golpe de Estado de 1930. Nuestro propósito es demostrar que el diario *Los Principios* desarrolló en estas coyunturas, pero también durante toda la década de 1920, una teoría conspirativa referida a la actuación del comunismo en la Argentina, a su presencia siempre acechante y a su peligrosidad siguiendo la regla del enemigo único, que más o menos visible o agazapado

amenazaba la argentinidad. No obstante las fechas indicadas, hacemos referencia a artículos publicados durante la década de 1920.

El diario fue pertinaz en esta suerte de paranoia. Señala Domenach que Goebbels decía en broma: “La Iglesia católica se mantiene porque repite lo mismo desde hace dos mil años. El estado nacionalista debe actuar de la misma forma” (Domenach, 1986: 59), se trata de reiterar lo mismo presentándolo bajo diversos aspectos para no fatigar. Esta redundancia obsesiva, según los momentos de la década, no faltó e impulsó el aliento dirigido a las autoridades para ejercer todo tipo de violencia sobre los colectivos de izquierda. Así *Los Principios* elogiaba la “ley de fuga” aplicada en Barcelona por Martínez Anido o admitía como necesaria toda medida represiva e incluso la ley marcial implantada por el nuevo gobierno.

La prensa católica

No es extraño que fuera la prensa católica la encargada de difundir un arsenal de argumentos a favor de la existencia de un complot internacional que, con sede en Rusia, propagaba sus actividades de dominación hacia el mundo entero, incluida la Argentina. Las jerarquías católicas mostraron especial interés por tener prensa propia con el objeto de consolidar la presencia católica en la vida pública: se trataba de echar las bases “de un periodismo confesional, capaz de desafiar el monopolio de la prensa liberal y de funcionar como cemento doctrinario de los católicos” (Di Stefano y Zanatta, 2000:392). A la inversa de lo que ocurrió en Buenos Aires, espacio en el cual nunca pudo competir con la prensa liberal, la prensa católica cordobesa contaba con una antigua tradición. La circulación de *Los Principios* fue significativa en el período mencionado: alcanzó aproximadamente un tiraje de quince mil ejemplares diarios, en tanto *La Voz del Interior* (1904-continúa) llegó a un tiraje de diez mil. Esto fue así hasta 1928, cuando surgió el vespertino *Córdoba* (1928-1986) que creció en un año hasta la impresión de dieciocho mil ejemplares.

Los Principios estaba profundamente persuadido de la importancia de la tarea periodística para actuar sobre los católicos: “Quien sea dueño de la prensa, marcará rumbos a los gobernantes, manejará las multitudes a su antojo. Porque es terrible y admirable la sugestión que el periódico ejerce sobre sus lectores habituales” (*Los Principios*, 9/07/1924).

Respecto de su enemigo no dudaba cuál era la tarea: el periodismo católico estaba “en estado de guerra” cuando se jugaban “los sagrados e inalienables derechos de Dios”. Partiendo de la premisa según la cual la masa de lectores era “incapaz en su conjunto de tener ideas propias sobre la multitud de problemas que el momento actual plantea a la humanidad” y por tanto,

“piensa como el diario que lee” (*Los Principios*, 9/07/1924) generó durante toda la década de 1920 una teoría según la cual un vasto e internacional complot amenazaba a la Argentina.

Loris Zanatta (2005: 95-106) refiere la campaña obsesiva y monotemática sobre la “marea roja” desarrollada por la revista *Criterio* y el diario *El Pueblo* de Buenos Aires en los años 1931 y 1932. En Córdoba la prensa católica había desplegado abundantemente numerosos argumentos contra el liberalismo desde muchos años antes, como lo ha demostrado Silvia Roitenburd (2000).

La Semana Trágica y el golpe de 1930: la amenaza comunista

En 1919 la Semana Trágica produce una agitación significativa en la Argentina y pone en primer plano la cuestión social. En su argumentación, la iglesia reconocía que a pesar de que debían detenerse las ambiciones exageradas del capital y reconocerse la justicia de algunos reclamos de la clase trabajadora, las desmedidas exigencias de esta última debían acotarse. Hoy los historiadores coinciden en que la causa de los acontecimientos ocurridos durante la Semana Trágica no fue un “complot maximalista” como lo sostuvo la derecha conservadora (Falcón y Monserrat, 2000; Bilsky, 2011; Rock, 2001), posición a la que la iglesia adhirió vehementemente. Fue el momento también en el que surgió la Liga Patriótica que habría de ser la más poderosa asociación política del país (Rock, 2001) y a la que también la prensa que analizamos celebró a través de numerosos artículos.

El “terror rojo”, alentado por los sectores conservadores, que se prolongó al menos hasta 1921 fue nutrido por las columnas de *Los Principios* no sólo para apoyar a la Liga, sino especialmente para generar la idea de una confabulación que amenazaba al mundo.

¿Cómo creaba la idea del complot, cuáles eran sus pruebas, cuáles sus métodos de persuasión?

El 11 de enero de 1919 su editorial se titulaba “¡Viva la Patria! ¡Argentinos... repudiad el soviét!” en el que ya emergía el tópico de la patria agredida por el extranjero. En la columna se mencionaban los cables telegráficos y el diario aseguraba que se trataba de implantar en la Argentina la revolución social maximalista negando que se tratara de un movimiento obrero; la huelga de los talleres Vasena había sido para *Los Principios* sólo un pretexto: “el movimiento revolucionario, es de reconocida marca maximalista, fraguado lejos del país, por hombres agenos (sic) a nuestros partidos, a nuestras pasiones y a nuestros intereses”, eran “ácratas” llegados de lejanas tierras, agentes pagos por el soviét. Este argumento fue denominado “causalidad diabólica” por León Poliakov (citado por Angenot, 2010: 26), historiador del

antisemitismo, como forma de explicación según la cual la sociedad se encontraba amenazada por fuerzas ocultas extranjeras, trabajando desde las tinieblas con un plan nefasto de dominación no lejos de triunfar.

En los desarrollos que el diario ofrece como medio de prueba de una organización temible por sus iniquidades se descubre, en una lectura actual, no una descripción de acontecimientos sino sobre todo una retórica francamente panfletaria: las figuras –hipérboles, metáforas, amalgamas– contribuyen a la construcción de un monstruo proteiforme que aglutina todos los males morales. El maximalismo era, en ese momento, una enorme aberración; *Los Principios* lo erige como un monstruo moral que debía concitar el rechazo por sus numerosos y horribles crímenes y pecados, esto es, se ve privado de su condición de hombre normal (Angenot, 1995:91). Al tratar Michel Foucault esta figura señala que la primera que aparece en la historia es el monstruo político, específicamente el criminal político, quien conculca las leyes que rigen la sociedad a la que pertenece (Foucault, 2000: 84-106). Ese monstruo, señala Angenot, debe ser retratado como un ser degradado, que practica el mal por el mal mismo, puesto por sus crímenes por fuera de la humanidad (2008). Si bien las descripciones de *Los Principios* deben ser entendidas en 1919 en función de los fuertes ecos provocados por la revolución rusa, el diario hiperboliza la escena a través de un desfile de horrores que apuntan a excitar especialmente la dimensión afectiva de su lectorado y servir de prueba y validación de esa monstruosidad:

El maximalismo

El presente siniestro que Rusia semi bárbara ha hecho a la humanidad: el maximalismo cuenta ya en su cuantioso haber torrentes de sangre, raudales de lágrimas, vergüenza incomparable, una activa regresión a la más refinada y cruda barbarie, desgracias indescriptibles, un inmenso ciénago de ambiciones, de inmoralidades, de insanía concupiscente, el despotismo más abyecto que es dable imaginar, sumiendo en el cenagoso campo de todas las pasiones que más humillan y hacen despreciable al hombre muy superior en degradación a todos los despotismos que puede rememorar el pueblo de los zares (*Los principios*, 22/04/1919).

El fragmento transcrito que, como otros semejantes, confirmará de manera desbordante la monstruosidad maximalista, en su conjunto concentra estados en los que se mezclan y fusionan el sufrimiento, la ambición, la inmoralidad, la ferocidad, la insanía, el despotismo como producto de una pasión destructora. Leído en un solo cuadro no es más que una procesión de espantos, una amalgama, figura distinguida del discurso panfletario que integra en un vocablo sintético una serie de estados o acciones percibidos como diferentes que procuran maximizar su campo de intervención (Angenot, 1995: 126-130). El mismo autor señala que en ella se encuentra la lógica

irrefutable de la paranoia: momento de euforia del panfleto en el que en una enumeración englobante coloca todo en el mismo saco.

Las marcas axiológicas mostraban explícitamente a Lenin y a Trotsky como los déspotas rusos hacedores de una sangrienta campaña de dominación: “Son estos siniestros personajes y sus secuaces los que pretenden dominar el mundo civilizado, por medio de la anarquía y el terror”. Continuaba entonces con el argumento que más hería la argentinidad sintetizada en un “nosotros” inclusivo opuesto aun “otro” cuya existencia se presupone indiscutible:

a ellos representan los agentes del maximalismo que existen entre nosotros y que conspiran por cuenta de sus feroces amos, para apoderarse por sorpresa del gobierno de nuestro país, a quien, en tal caso, le esperaría la ruina, la miseria, la desolación más atroz, bajo el imperio de los principios abominables del maximalismo.

Ellos pretenden imponernos que renunciemos a nuestra civilización, que nos asociemos y solidaricemos con su barbarie, con sus crímenes y abyecciones; que renunciemos a nuestros progresos morales y materiales; que en su deprimente compañía sepulsemos todo cuanto somos y podemos ser, bajo las densas cenizas del incendio criminal; que ahogemos en nuestros corazones toda aspiración noble, justa, humana y todo sentimiento que no sea regresivo y bárbaro, digno de tártaros (*Los Principios*, 22/04/19).

No es ingenuo el uso conmovedor del pronombre inclusivo “nosotros” que se identificaba con la patria y rechazaba al extranjero como otro demoníaco que acechaba la argentinidad. Esta idea de unanimidad genera la exaltación y el miedo difuso, conduciendo a los individuos a acoger las posiciones políticas que parecen compartir la casi totalidad de las personas que lo rodean (Domenach; 1986: 71).

La atribución de una voluntad de dominación del “mundo civilizado” presupone el universo bárbaro maximalista fundado en la anarquía y el terror y pone, a través del inclusivo de primera persona (nosotros los argentinos), el riesgo de demolición en un fragmento en el que la dicotomía entre el bien y el mal se despliega en las de civilización barbarie; progresos crímenes; abyecciones aspiración noble, justa, humana. Todo ello inscripto en una trama metafórica que analogiza el escenario ruso con las más oscuras y densas conspiraciones.

Los Principios vuelve con insistencia a las imágenes revulsivas de infernal barbarie que van a contrastar con la propuesta doctrinaria de la iglesia, a la vez que las exagera porque “por algo han declarado diabólica guerra contra toda clase de religión”, junto con “la amenaza que significa la educación estatal que enseña a los niños todo mal”. La figura de la monstruosidad atribuida al comunismo reaparece de manera constante y desde diversas perspectivas como una forma de disciplinamiento de la grey católica y mediante un léxico funcional al clima de

rechazo que se pretende infundir: “Lo más temible (...) es que en esas inmensas regiones se están formando unas generaciones de bárbaros mucho más terribles que las legiones de Atila (...)”. La causa habría de ser siempre la misma, aunque enunciada de maneras diversas: “Son desalmados al pie de la letra (...) que ni reconocen siquiera el Ser Supremo de los revolucionarios franceses. La revolución rusa tiene un carácter satánico que no ha tenido hasta ahora ninguna de las revoluciones que nos cuenta la historia (*Los Principios*, 4/4/1930).

En esta atribución múltiple del “carácter satánico” se observa la intervención del elemento emocional que apunta a reforzar un pensamiento y persuadir a sus lectores, cuyos intereses seguramente adherían al planteo central del artículo. En esta trama discursiva se aloja el efecto patémico: el temor como resultado de la lectura.

Otra serie de pruebas se sostenía en arraigadas creencias de la sociedad de la época: “la barbarie asiática” había destruido a la familia, “de ahí la dispersión y el embrutecimiento de los hijos, cuando los hay, y no se mueren pronto”, y la misma barbarie defendía también “el amor libre en toda su asquerosa y brutal realidad”. Se trataba de “la bestia humana ha perdido todo su respeto y todo hábito de pudor”.

¿Qué explicaba tanto mal, cuál era la causa de semejante desfile de horrores? El pensamiento católico mostraba en la denuncia de tanta ignominia su idea central, válida para una nación previamente definida como “católica” y en la que la iglesia había encontrado sus espacios de poder (Roitenburd, 2000:29-42) y, por tanto, la razón que animaba su feroz discurso: la cuestión social planteada especialmente en enero de 1919 no era meramente económica sino fundamentalmente religiosa, ya que el racionalismo y el materialismo “al negar a Dios, a su Cristo y a su Iglesia han implantado en la sociedad el caos, el vicio, el desorden y la nada”. Además “De ahí nacen todas las divisiones, odios y rencores entre ricos y pobres, entre patronos y obreros, y entre autoridades y subordinados”. (1) Todo era fruto de “una idea”, “una idea infernal si se quiere” a la que había que combatir con ideas contrarias: capitalistas y obreros debían actuar-decía-conforme a las doctrinas cristianas. La jerarquía católica no condenaba al capitalismo sino sus abusos y, en todo caso, trabajaba para su reforma y sobre todo para la eliminación del comunismo: “La cuestión social es algo que debe resolverse por reformas pacíficas o de lo contrario, bajo la presión de las doctrinas maximalistas, no tendrá más solución que la anarquía o la tiranía” (*Los principios*, 24/01/1920).

Durante la Semana Trágica advertía sobre los progresos realizados en la Argentina por el maximalismo y encontraba en su avance una causalidad que sería fundamental tiempo más tarde, con la llegada del golpe de 1930; si el maximalismo prosperaba en nuestro país había sido “al amparo de nuestra indolencia, de nuestra debilidad y del abuso y licencia que

confundimos con libertad” y auguraba una inminente crisis que debía ser atendida por las autoridades, a las que les reclamaba prontas medidas.

El clima general durante la Semana Trágica era acorde con los discursos católicos. Hubo numerosas huelgas a las que sobrevoló el temor de una revolución y pusieron en una difícil situación al gobierno de Hipólito Yrigoyen (Rock, 2001: 187-202) pero hacia 1921 la importante agitación obrera se había serenado, aun cuando las huelgas no habrían de desaparecer. Las terribles profecías que lanzaba *Los Principios* en los días de enero de 1919 no se cumplieron. El diario señalaba en 1920 que los comentarios acerca del peligro maximalista se habían ido enfriando (13/01/1920); sin embargo, el complot continuaba, el enemigo seguía acechando para la derecha católica por lo que tal debilitamiento no fue óbice para el pensamiento conspirativo: “Aunque la ola de auge para la amenaza bolchevique haya pasado, no es por eso razonable descuidar un problema que tiene una perfecta vitalidad y que puede provocar para un futuro cualquiera, todos los males conocidos que son característicos bajo la trágica tutela de Lenine” (*sic*) (13/01/1920).

El diario no redujo su prédica: continuó durante toda la década de 1920 amenazando con una vasta conspiración, lo que por cierto se reiteraba de diferentes maneras. En oportunidades señalaba la lenta pero poderosa “infiltración” de las doctrinas bolcheviques; detrás de cada huelga se encontraban los propagandistas ácratas; en otras ocasiones recurría a ejemplos internacionales (2) que demostraban la expansión soviética. Aseguraba que el comunismo ruso contaba con una “admirable organización internacional, en cuya red, se puede decir, se hallan comprendidas todas las naciones” (20/03/1926). El argumento sirvió igualmente a la prédica sobre la “mala inmigración” identificada con el invasor rojo. El enemigo era un ser fantasmagórico que se encontraba agazapado en todos lados:

Más de una vez hemos repetido que la campaña comunista en nuestro medio se hace más por vía indirecta, con disimulo hipócrita, que a cara descubierta.

Todos los hechos resonantes, todos los escándalos y las puebladas, los aprovecha para su propaganda [...].

El comunismo continúa infiltrándose en toda forma imaginable. Y es bueno desenmascararle, hacer conocer su presencia (*Los principios*, 7/08/1930).

Se pregunta Loris Zanatta (2005: 103) –siempre refiriéndose a la revista *Criterio* y el diario *El Pueblo*– si realmente era tan peligrosa la difusión del comunismo en la Argentina. Esta respuesta debería basarse en datos precisos y no es propósito de este trabajo un desarrollo de este tipo, no obstante, la construcción de un vasto complot comunista es claramente observable. Esto puede confirmarse en los siguientes argumentos que, aunque diferentes a los

ya señalados, vuelven sobre la magnificación del peligro comunista en el marco de una lógica verosímil para la cosmovisión católica.

Los Principios atacaba obsesivamente muchos frentes que parecían no tener para él diferencias sustanciales: “La anarquía, el socialismo, el masonismo (sic), el liberalismo sectario (...) que no son más que aspectos diversos de (...) la filosofía materialista” (9/04/1919). Pero el gesto paranoico alcanzaba a múltiples actores y cualquier manifestación. En todos los ámbitos se escondía un comunista: en la universidad de Córdoba donde se había iniciado “el movimiento del anacrónico reformismo imbuido de comunismo” (18/12/1930), en el socialismo – “rojo y extremista”– porque tras él vino “el comunismo y toda su secuela de movimientos izquierdistas en el pueblo y el estudiantado” (28/09/1930) que hundía sus raíces en el judaísmo y por ello era adverso a la iglesia y su teoría, en el sindicalismo que era “primo hermano del comunismo” (18/12/1930).

En 1930, y en medio de una larga discusión que repercutió en la prensa, se presentó en la Cámara de Diputados de la Provincia de Córdoba el proyecto de Ley Orgánica de Educación Primaria, que fue rechazado por el clero, ignorando la riqueza que anidaba en ella (3); entre otros, molestaba el referido a la enseñanza religiosa que se impartiría sólo a los alumnos cuyos padres lo solicitaran expresamente. Esto significaba –según el diario– “pedir al Estado lo que el Estado estaba obligado a dar” (24/07/1930). A todos los maestros que apoyaban cambios y nuevos proyectos educativos los vinculaban a “centros comunistas” (10/03/1929).

La misma estrategia marca Loris Zanatta para los casos por él analizados. Esta magnificación se debía, entre otras causas, a que “el pensamiento católico recurría mucho más ampliamente a la doctrina que al análisis de los fenómenos históricos concretos” (2001: 104), por ello no admitía diferencias sustanciales entre el comunismo, el liberalismo o el socialismo. La fundamentación doctrinaria hacía converger todo.

En 1928, Hipólito Yrigoyen asumió su segunda presidencia luego de una importante victoria electoral. A partir de su retorno al poder aumentaron fuertemente las críticas de los sectores conservadores y las presiones políticas en relación con la situación socioeconómica del país, que empezaba a ser afectado por la crisis mundial del 1929. Esta confrontación, oportunamente amplificadas por la prensa opositora, debilitó la popularidad del gobierno y se convirtió en una decidida declaración de guerra al liberalismo democrático que el gobierno radical representaba.

Los Principios celebró la destitución del presidente constitucional sosteniendo que era “el comienzo del fin de la era de incertidumbres y de desorden que está viviendo la república” y más adelante agregaba: “se notaba en la mayoría de las personas, una verdadera satisfacción, una sensación de alivio” (8/9/1930).

A medida que avanzaban los acontecimientos y la confrontación se profundizaba, el discurso del diario va apelando a diversos recursos retóricos que asimilan la estructura social a un cuerpo, un organismo enfermo sometido a diversos flagelos, principalmente el bolchevique, expresión que reúne en su sola mención la referencia al conjunto de grupos de la oposición. Estas metáforas biológico médicas (Angenot, 1995:260-261) concentran un fuerte componente emocional usadas para persuadir sobre la validez de determinados significados sobre otros. Se relaciona el desorden social con la enfermedad y esta como representación del mal corporiza la realidad:

Ahora el momento es de mayor confusión, principalmente por la presencia del magnetismo bolchevique. A partir de ciertas latitudes, la aguja magnética deja de orientarnos, diría mejor, de dirigirnos. Fue lo que hizo con nuestra interpretación crítica de explosión bolchevique que es, evidentemente, la más alta latitud, un riguroso polo en la vida política. Perdimos el rumbo y como las perturbaciones económicas y la crisis del concepto de disciplina -en cuanto a la obediencia y en cuanto al contenido- creaban una dolencia atmosférica propia para el fermento de aquella cancerosa putrefacción, nos alarmamos como higienistas prontos a detentar el arsenal de sus severas prevenciones ante la más ligera amenaza, ante la más simple receptividad mórbida del organismo (4) (*Los Principios*, 17/11/1929).

El recurso a la metáfora que asocia el cuerpo humano con todas sus defecciones, con lo social o moral como creación humana permite aproximar conceptos complejos naturalizándolos, en la medida en que vincula lo particular y conocido con una construcción que remite a una idea abstracta; la simplificación facilita la comprensión por parte de los lectores del diario: “Hombres y mujeres, altos y bajos, tienen una responsabilidad enorme en el derrumbe de valores morales y si no se apresuran a poner remedio eficaz, el enfermo estará pronto en estado agónico. Y no queremos pensarlo que sería un mundo sin moral” (*Los principios*, 23/8/1930).

Sin embargo, los discursos del diario no fueron tan convincentes, al menos algunos sectores de la sociedad debieron encontrarlos francamente hiperbólicos. No nos referiremos a los contra discursos que existieron y fueron numerosos en los diarios *La Voz del Interior* y *Córdoba*, cuyo desarrollo es imposible en el marco de estas páginas, sino a los enunciados de *Los Principios* en los que da cuenta de cierta incredulidad:

Tememos que, como en muchas ocasiones, el habitante de la ciudad alegre y confiada nos diga que ese peligro [el comunismo] no existe aquí. No se lo presentaremos como una mina próxima a explotar, porque solemos argumentar con hechos y no con dramáticas exageraciones. Pero ciego será quien no advierta que una organización comunista actúa en nuestra patria [...].

No es preciso que nuestro país viva una alarma nerviosa. Pero es indispensable que viva alerta (*Los Principios*, 17/08/1930).

De manera inicial una frase como la que se lee en el párrafo anterior (“nos diga que ese peligro no existe aquí”) se reitera luego del 6 de setiembre de 1930 para reafirmar el riesgo en la ciudad de Córdoba cuando el golpe vino a fortalecer a la prensa católica y su pavor al comunismo. Fue el momento en el que el diario retomó con ímpetu sus argumentaciones, insistiendo, sobre todo, en la justeza de sus alarmantes discursos:

Muchos se han reído del peligro comunista denunciado muchas veces por nosotros.

[...] Con acertada visión dimos la alarma hace mucho tiempo, y desgraciadamente, los que eran entonces autoridad no nos oyeron. Cada día se comprueba con más evidencia que no obramos con obcecación sino con lógica [...].

Desde largo tiempo venimos bregando por el peligro no ahuyentado todavía por completo, del avance del comunismo en el país. Desde las altas esferas del gobierno (5) se confirman nuestras aseveraciones, recibidas más de una vez con sonrisas de incredulidad por los cómplices pasivos de la subversión (*Los Principios*, 8/10/1930).

Había mutado el contexto político y el diario había encontrado ahora –en la dictadura– un interlocutor solícito a sus demandas. Si durante la década de 1920 *Los Principios* había clamado por medidas represivas y había culpado a los diferentes gobiernos de excesiva condescendencia, Uriburu representaba la seguridad de que se iba a actuar acorde a su pensamiento: “Luchemos contra la propagación oculta del guiñapo rojo, y luchemos ahora que las autoridades sabrán responder a nuestras exigencias”, decía en un artículo en el que procuraba llamar la atención del gobierno de facto sobre la situación en Córdoba y cuyo título procuraba oficiar como un llamado de atención: “Aquí también los hay” (16/09/1930).

Apenas ocurrido el golpe del 6 de setiembre, el general José F. Uriburu pronunció una proclama en la que justificaba el golpe en función del “desquiciamiento” en el que el país se hallaba inmerso. En uno de los párrafos enumeraba las causas, entre ellas “la anarquía universitaria” (7/09/1930). A los tres días el rector de la Universidad de Córdoba, Luis J. Posse, presentó su renuncia a fin de “facilitar la renovación de valores que parece imponer la hora actual”. La dimisión sonó como música a los oídos del diario, que albergaba la esperanza del advenimiento de otro funcionario que “devolviera a la universidad el prestigio de épocas pasadas” (11/09/1930), en referencia a las épocas anteriores a la Reforma de 1918.

La Asamblea Universitaria para elegir nuevo rector se fijó para el 18 de octubre; previamente se realizaron los trabajos para impulsar a los diversos candidatos (José Benjamín Barros,

Guillermo Rothe, Enrique Martínez Paz y Ernesto Deheza). En esos días –cuando ya había transcurrido una década de la Reforma Universitaria– el diario publicó artículos destinados a acusar a dirigentes de la Federación Universitaria de ser agentes de los soviets:

Los atentados “ácratas-universitarios” están de moda, en nuestra ciudad. La aceptación de la renuncia del rector de la Universidad dio ya origen a un movimiento de inequívoco carácter en la masa estudiantil. Disturbios, cabildos, propagandas, hechos todos que encaminaban lo que estamos comentando.

Lo hemos sostenido en innumerables oportunidades: la juventud universitaria está orientada, dirigida inspirada desde Moscú. Los verdaderos dirigentes de la federación en Córdoba, están en comunicación constante con el gobierno de los soviets. Y de ellos reciben paga y órdenes, que ejecutan sordamente, en constante acción oculta, con la complicidad de algunos estudiantes que tienen la misión de envolver a los demás (*Los Principios*, 7/10/1930).

Finalmente triunfó en una elección muy ajustada Benjamín Barros, a quien se consideraba dentro de la tradición reformista. Pero fue un hecho coyuntural: la dictadura uriburista vino a coronar con beneplácito la paranoia clerical, lo que ameritaría otra indagación.

Conclusiones

A lo largo de este trabajo hemos procurado indagar los sinuosos caminos de una lógica argumentativa que intentó explicar una perspectiva sobre la Argentina entre 1919 y 1930, que pudo ser verosímil para muchos lectores de esa época.

También hemos planteado la influencia de la iglesia católica como institución sobre ciertos sectores de la sociedad y cómo, a través de su poderosa prédica, influyó en la construcción de un imaginario que fundía lo religioso en la lucha sostenida contra ideologías ateas o laicas de variado signo, resumidas y representadas en la idea del comunismo como su expresión más acabada. En esa dirección es que se puede explicar la creación y sostenimiento de la prensa católica y una manera de argumentar mediante una retórica, en algunos puntos particularmente efectista que justifica el relato a veces monstruoso en el sentido de Foucault, y plagado de hipérboles como soporte de un pensamiento que expresa la decisión de destruir o desaparecer una ideología contraria a las bases doctrinarias del catolicismo. En el mismo sentido es que la teoría de la conspiración, sostenida en el tiempo, puede explicar el enfrentamiento constante de la iglesia con diferentes agrupamientos sociales como los gremios, los universitarios, la docencia laica, la inmigración, los liberales y tantos otros, todos unidos -también podríamos

decir complotados, siguiendo a Angenot- por el común objetivo de desestabilizar el orden “patrio”, más allá de los distintos objetivos sectoriales que los movilizaban.

El anticomunismo fue un instrumento poderoso si no para re cristianizar a la sociedad cordobesa, sí para dar fin a una década en la que, si bien el alto clero cordobés no había perdido su poder, sí se había visto amenazada en múltiples aspectos por los aires de una modernización que, a su manera, llegaba a Córdoba y que la prensa opositora como *La Voz del Interior* o el recién nacido *Córdoba* defendían con fuerza.

En ese sentido y para concluir podemos decir que la acción discursiva argumental sostenida a lo largo de la década por *Los Principios* contribuyó a sostener y a estabilizar el rol del alto clero como actor político en un amplio sector de la sociedad cordobesa de raigambre conservadora, que se veía afectada por las ideas que representaban las políticas liberales en el nivel nacional y local difundidas, en gran parte, por una prensa local embanderada detrás de esas concepciones.

Notas

(1) Gómez Echagüe, Pedro. Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores, 16/01/1919. Intervención transcrita por *Los Principios* el 24/01/1919.

(2) Véanse a modo de ejemplo los siguientes artículos: *La ola roja en España* (13/01/1920); *La batida extremista en los Estados Unidos* (13/01/1920); *El reconocimiento de los soviets* (5/06/1925); *El comunismo y la acción católica* (11/06/1925); *La alianza de los comunistas con los socialistas* (20/03/1926); *La propaganda bolchevique* (18/09/1930); *El comunismo en España y en la Argentina* (18/12/1930).

(3) Véase Roitenburd (2000).

(4) Artículo firmado por Fidelino Figueredo.

(5) Se refiere al discurso del ministro del Interior de Uriburu en la ciudad de La Plata en uno de cuyos párrafos, citado por el diario el 21-11-1930, decía que si hubiera continuado el gobierno de Hipólito Yrigoyen, el derrumbe hubiera sido institucional, económico y social y agregaba: “... las fuerzas de la anarquía largamente preparadas y en acecho se hubieran lanzado a la calle...”.

Bibliografía

Angenot, M. (1995 [1982]), *La parole pamphlétaire. Typologie des discours modernes*, Paris, Payot.

- Angenot, M. (2008), “ ‘Monstres en soutane’ et autres figures du monstre moral en France avant 1914”, en Laroche, Marie-Hélène, *Monstres et monstrueux littéraires*, Québec, PUL, pp.141-153.
- Angenot, M. (2010), “La pensée conspiratoire: Une histoire dialectique et rhétorique ?”, en Danblon, Emmanuelle et Loïc Nicolas (eds.) , *Les rhétoriques de la conspiration*, Paris, CNRS éditions, pp.25-42.
- Bilsky, E. (2011), *La Semana Trágica*, Buenos Aires, Ediciones ryr.
- Di Stefano, R. y L. Zanatta (2009 [2000]), *Historia de la Iglesia argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Domenach, J.M. (1986 [1950]), *La propaganda política*, Buenos Aires, Eudeba.
- Falcón, R. y A. Monserrat (2000), “Estado, empresas, trabajadores y sindicatos”, en *Nueva Historia Argentina Tomo 6*, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 151-194.
- Foucault, M. (2000), *Los anormales. Curso en el Collège de France (1974-1975)*, México D. F., Fondo de Cultura Económica.
- Rock, D. (2001), *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Roitenburd, S. N. (2000), *Nacionalismo católico. Córdoba (1861-1943). Educación en los dogmas para un proyecto global restrictivo*, Córdoba, Argentina, Ferreyra Editor.
- Zanatta, L. (2005 [1996]), *Del estado liberal a la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.